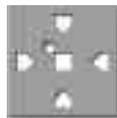


0000000000

Venus, Julia Matute



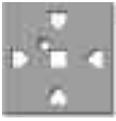


EL ACIAGO DÍA DE LA DISYUNTIVA

AURORA MARTÍNEZ EZQUERRO

Las tibias gotas de lluvia estival golpeaban irregularmente los cristales de la terraza, el soniquete que producían quebraba el silencio del amplio salón. Unos melancólicos ojos observaban a través de los cristales turbios la escena ofrecida en un fragmento de calle, una calle sorprendida por la veleidosa lluvia veraniega: transeúntes desorientados en busca de un urgente cobijo tratando de esquivar las salpicaduras de los coches. En pocos instantes la agitada avenida se tornó desierta y triste.

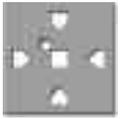
Sí, triste, muy triste. Sin duda era un día triste, tan triste como el estado anímico de Isolina. Una Isolina tan acostumbrada a la melancolía que incluso se regodeaba en ella. Le gustaba sentir la nostalgia que producía la lluvia, ese fenómeno atmosférico que tanto agrada contemplar tras los cristales. No comprendía las prisas de los viandantes, sus caras contrariadas, sus ansias por resguardarse en cualquier lugar. Ella amaba la lluvia, adoraba su contacto con la piel, anhelaba sus hirientes gotas punzándole el rostro. Abrió la ventana de la terraza y su cuerpo se estremeció, un penetrante olor a tierra húmeda mezclado con dióxido de carbono invadió sus fosas nasales. Toda ella se estaba mojando; pero, aun con todo, pudo diferenciar con los ojos cerrados las gotas caídas del cielo de las gotas caídas de sus ojos.



Juancho le reprochaba con frecuencia que era de “lágrima fácil”, pero ella nunca se preocupó por tan sarcástico comentario y si tenía ganas... “pues lloraba”. Últimamente se había vuelto más pudorosa: cuando notaba que se le formaba un nudo en el estómago que subía a la garganta y se manifestaba en gotas de amargura, procuraba contenerse o retirarse con discreción. Pero ahora podía explayarse a sus anchas, su marido nunca llegaba pronto y todavía eran las cinco de la tarde. Suspiró aliviada y se acordó de sus años universitarios, cuando estudiaba en la gran ciudad, inmensa urbe que la hacía sentirse anónima y sobre todo libre.

¡Aquellos años universitarios, tan llenos de Literatura, tan llenos de felicidad, tan llenos de inquietantes espacios vacíos! Su avidez lectora siempre le había servido como refugio ante sus inseguridades. Nunca había entendido por qué cada vez se leía menos. Para ella la lectura conformaba un acto casi místico: aislada del mundanal ruido, se encerraba en su biblioteca, se arrellanaba en su orejero y se sumergía en la magia que le ofrecían las letras perfectamente concatenadas por artesanos del lenguaje y del pensamiento. En este aspecto se sentía privilegiada pues su pasión, su vía de escape, su entretenimiento, su felicidad... tenía nombre: lectura. Horas y horas de enfrascamiento absoluto en su mundo literario la salvaban del alienante tedio que la asfixiaba.

Sus apetencias literarias estaban bien definidas: novela realista e hispanoamericana; aunque en cuestión de sentimientos prefería el Romanticismo, se identificaba con él por la comunión existente entre el turbulento paisaje –su mundo– y el atormentado espíritu –su psique–. Dada la amplia gama que le ofrecía la lectura, sus gustos resultaban muy variados: sus poetas preferidos eran Juan Ramón Jiménez, Salinas, Francisco Brines y Benedetti, aunque tenía una lista larguísima de vates adorados. Era mucho más difícil seleccionar a los novelistas: Martín Gaité, Vargas Llosa, Álvaro Pombo, Luis Martín Santos, José Luis Sampedro... Francamente simplista reducir la lista. Además siempre descubría algún demiurgo que merecía la pena “devorar”. Aunque bien mirado, el colombiano García Márquez le regalaba páginas que le proporcionaban una deseada catarsis, sobre todo en la novela *El amor en los tiempos del cólera*, siempre sintió

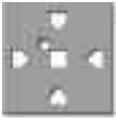


pasión por ella y la releía cuando su estado anímico languidecía. ¡Qué liberación experimentaba cuando se sumergía en las páginas garrapateadas que le ofrecían mundos salvadores!, eran el antídoto contra su sempiterno ¿desconcierto? existencial.

El tedio, la languidez, el hastío..., en realidad no eran esas sensaciones las que más le preocupaban. No sabría definir con exactitud lo que le producía inquietud: acaso un cúmulo de experiencias, una concatenación de nimiedades, una retahíla de fragmentos de vida... En cambio, sí tenía la certeza de que algo le producía un vacío vital, pero no se sentía capaz de despejar su incógnita anímica. ¡Menos mal que podía refugiarse en la literatura! ¡Dichosos y reconfortantes libros! En su desesperado intento por desentrañar el origen de su estado buceaba en sus recuerdos con la esperanza de encontrar la respuesta...

Tal vez todo comenzó cuando cursaba sus estudios en la Universidad, o quizá fue antes, tampoco estaba segura, no importaba demasiado. En su pueblo natal no había posibilidad de acceder a una formación académica superior, por eso, cuando acabó los estudios preuniversitarios y aprobó Selectividad -por cierto, con muy buena nota-, no tuvo más remedio que matricularse en el distrito universitario más próximo. Juancho, su novio desde hacía un año, no le quitó la ilusión, aunque tampoco la animó para que estudiase “alejada” de su entorno; de todas formas, esta situación no tenía por qué crear problemas puesto que podrían seguir viéndose los fines de semana.

Conoció a Juancho en una cafetería, se lo presentó su amiga íntima. Muchas confidencias se repartieron las jóvenes a costa del nuevo “fichaje”: Marisé le recomendaba que no lo rechazase *a priori*, que intentase conocerlo, que no fuese tan selectiva. Isolina no estaba muy segura de lo que hacía, en realidad no estaba segura de casi nada, lo único que veía con claridad era su interés por el estudio. Pero, casi sin darse cuenta, la nueva pareja empezó a quedar, a conocerse, fueron gustándose y formalizaron la relación. Al chico nunca le gustaron los libros; por eso, cuando acabó su formación básica, comenzó a trabajar en el taller de automoción de su padre. A él le divertía salir con sus amigos; en cambio,

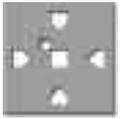


ella prefería la tranquilidad de una tertulia o el placer de una buena película. No obstante, durante los primeros meses salvaron bien las diferencias -¿acaso divergencias?- y la relación se mantenía sin demasiada emoción -quizá convicción-.

Ahora recordaba Isolina la primera discusión fuerte que los enfrentó. Ella había vuelto el fin de semana para estar con él, pero se había quedado por la noche en casa estudiando porque tenía un examen; Juancho aprovechó la ocasión para disfrutar con sus amigos y fue a las fiestas de un pueblo cercano. Marisé se enteró y -como buena amiga que era- no pudo por menos que contárselo. El enfado de la novia fue soberbio, lo que más indignación le causó fue la mentira porque creaba en ella una falta de confianza que la desasosegaba. Y así se fue abriendo una invisible fisura en la relación. Sí, una fisura que fue desgarrando el corazón de Isolina y que, tal vez por la rapidez con la que se desarrollaban los sucesos académicos que tanto le interesaban o por pura comodidad, creyó que se iría cerrando. Pero nunca fue así. Cuántas veces recordaba la frase sentenciosa de su madre, quien con tono premonitorio la reconvenía: “Hija, cuando un hombre miente una vez, hay que desconfiar de él para siempre”.

Los tres primeros años en la Universidad transcurrieron con relativa tranquilidad. Isolina se alojaba en un colegio mayor, acudía a clase, se reunía con sus compañeros y amigos, estudiaba y los fines de semana volvía a su pueblo para estar con su novio. En realidad estaban juntos menos tiempo del esperado: ella porque tenía que estudiar y él porque tenía que trabajar. El distanciamiento y el cansancio que le producían a ella los viajes motivó que las citas se fuesen espaciando cada vez más. Tampoco le preocupaba demasiado porque prefería sus libros, salir a tomar un café con sus compañeros o, simplemente, perderse por la historia monumental que le ofrecía la gran ciudad. Sus notas eran excelentes y siempre albergó la ilusión de dedicarse a la investigación. Tenía un don natural para ganarse la estima de las personas, los profesores la apreciaban y la animaban para que consiguiese las metas que se había propuesto.

Pero lo que al principio parecía normal, la obligó a vivir escindida en dos mundos: por un lado, tenía su vida sentimental anclada en su pueblo; pero por

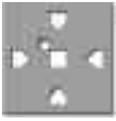


otro, su vida académica residía en la ciudad. La circunstancia de “tener novio formal” impedía que se integrase en el ambiente universitario que tanto amaba. Asistió a alguna fiesta pero, en su afán de ser fiel a su Juancho, se interponía una barrera invisible que impedía su entrega a ese otro mundo. Esta actitud le impidió conocer mejor a ciertos compañeros que tenían bastantes afinidades con ella, rechazar alguna posibilidad laboral... En realidad, analizada la situación desde el presente, consideraba que una sombra siempre había planeado sobre ella. Una sombra que le había impedido actuar con la libertad y la naturalidad que las circunstancias requerían. Alguna vez se planteó dejar a su novio, pero cuando lo veía se sentía extrañamente cómoda –y cómodamente extraña– y olvidaba su propuesta.

Cuando cursaba cuarto de carrera alquiló un piso junto con tres compañeras de clase. En un principio se sintió libre, pero esta libertad también le dio miedo. A medida que pasaba el tiempo, pudo comprobar –no sin cierta angustia– que su situación ¿psicológica? era la misma de siempre. En el fondo no habían cambiado las cosas: la cadena que la ataba era invisible, pero muy poderosa. Acabó la carrera con muy buen expediente, empezó la tesis doctoral y le propusieron quedarse en el departamento de su Universidad.

Jamás olvidaría el día en que tuvo que decidirse ante su novio, “el aciago día de la disyuntiva”, como a ella le gustó bautizarlo siempre que lo recordaba: estaban sentados frente a frente en unas desvencijadas sillas de una impersonal cafetería y una grasienta mesa jalonada por dos tazas de café los separaba. Ella le manifestó el deseo de aceptar la propuesta universitaria: seguirían viéndose, acabaría la tesis, ganaría algo de dinero, podría introducirse en el ámbito de la investigación que tanto anhelaba... Él escuchaba serio y taciturno, sin articular palabra. Cuando Isolina acabó de exponer sus planes, Juancho fue tajante: “Si te vas, dejamos lo nuestro”. Ella bajó la cabeza, una lágrima –como tantas otras asomarían después– recorrió su pálida mejilla y aterrizó a cámara lenta en la grisácea mesa aportando luminosidad a una superficie que jamás la había tenido.

Y ahora, con el paso del tiempo y en la distancia, se torturaba como siempre analizando obsesivamente aquella situación: jamás tenía que haber bajado la



cabeza, ese gesto de sumisión, ese además de rendición sin condiciones la seguía mortificando. ¡Cuántas veces hubiese deseado dar marcha atrás, rebobinar su película y quedarse justo en el momento anterior a su “bajada de cabeza”! Pero la bajó, anuló su proyecto de vida por otro, ¿acaso mejor? Lo reconocía, no supo manejar ese instante decisivo, se le escapó de las manos y determinó su situación actual. La suerte estaba echada y ella la había aceptado sin condiciones. Su actual rebeldía interna le producía un malestar que sólo mitigaba sumiéndose en la paz de la lectura.

De nuevo, Isolina se asomó a la ventana de la biblioteca. Su biblioteca: espacio vital de placeres robados en que transcurría la mayor parte de su tiempo. Se secó las lágrimas que empañaban unos ojos con atisbos de presbicia, dio un respingo, elevó la cabeza, enderezó el tronco, estiró sus brazos entrelazándolos hacia el frente y contempló el estante que se encontraba a la altura de sus ojos. Alargó una mano, cogió el libro, su libro preferido, acarició su portada, se abanicó con sus páginas mientras percibía el olor de las mismas, se arrellanó en su sofá de lectura y, con una sonrisa placentera, se dispuso a releer con deleite el apetecible folletín seleccionado: *El amor en los tiempos del cólera*. Jamás olvidaría su amor, ni los malos tiempos, ni el cólera. Amaba la lectura como evasión, como identificación, como contraste, como... necesidad. Esta obra la sumía en mundos idílicos cuya protagonista podía ser, ¿por qué no?, ella misma. Y comenzó a leer por enésima vez la primera página de unos bizantinos amores con final feliz: “Era inevitable: el olor de almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados...”.